

## Caminabas alejándote, y sin embargo Él ya estaba dentro de tu camino

Queridos hermanos y hermanas,

Existe una inquietud en el corazón humano que ninguna distracción puede silenciar. Puedes llenar tus días. Puedes agotar tu mente. Incluso puedes rodearte de cosas buenas y santas. Y aun así—la inquietud permanece. ¿Por qué? Porque no fuiste creado para lo pasajero. Fuiste creado para Dios. Y hasta que regreses a Él, tu corazón permanecerá dividido dentro de sí mismo. Como confesó con penetrante claridad Augustine of Hippo: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.» Esto no es poesía—es diagnóstico. El misterio es aún más profundo: Mientras crees que estás buscando a Dios—es Dios quien te está buscando a ti.

Esto se revela en el camino de Road to Emmaus. Los discípulos se alejan de Jerusalén. Se alejan de la esperanza. Se alejan de lo que creen que es una promesa fallida. Están seguros de su interpretación: «La historia ha terminado. Dios no ha actuado.» Y sin embargo—están profundamente equivocados. Porque el mismo Cristo Resucitado camina a su lado. La Verdad no está ausente. La Verdad no es reconocida. Este es el drama del alma humana. Puedes estar cerca de Dios en apariencia, y lejos de Él en la verdad. Puedes hablar de Él, defenderlo, servir en su nombre—y aun así resistirlo.

Cristo no reprende solamente su ignorancia. Expone sus corazones: «¡Tardos de corazón...!» No tardos de mente—tardos para rendirse. Y aquí debemos hablar con claridad: El mayor obstáculo para Dios no es la ignorancia. Es la resistencia. No siempre rechazamos a Dios directamente. Lo aplazamos. Negociamos con Él. Permanecemos a medias. Queremos consuelo—pero no conversión. Queremos paz—pero no entrega. Pero Cristo no puede ser reducido a consuelo. Él viene como Señor.

Y, sin embargo, contempla su misericordia: No los abandona en su confusión. Entra en ella. Camina dentro de su ceguera. Habla en medio de su distorsión. Reordena toda su visión a través de las Escrituras. Y entonces—

sus corazones comienzan a arder.

Esto no es simple emoción.

Es gracia.

Y la gracia no es suave en su primer encuentro.

La gracia hiere antes de sanar.

Desenmascara antes de restaurar.

Inquieta antes de dar paz.

Porque se niega a dejarte dividido.

Y finalmente—el momento decisivo:

La fracción del pan.

Allí, sus ojos se abren.

Lo reconocen.

No como una idea.

No como un recuerdo.

Sino como el Señor Resucitado—presente, vivo y entregado.

Y en ese mismo instante—Él desaparece.

¿Por qué?

Porque Cristo no es un objeto que se posee.

Es una Presencia que se recibe,  
un Señor que se sigue,  
un Misterio que te atrae más allá del control hacia la comunión.

Queridos hermanos y hermanas,

Puedes pensar que estás lejos de Dios.

Pero la verdad es más desconcertante—y más hermosa:

Dios está más cerca de ti que tú de ti mismo.

Incluso en tu confusión.

Incluso en tu resistencia.

Incluso en tu extravío.

No está esperando a distancia.

Está caminando dentro de tu propia vida.

¿Por qué, entonces, no lo reconocemos?

Porque estamos distraídos.

Porque estamos divididos.

Porque no queremos cambiar.

No te engañes:

El reconocimiento exige rendición.

Y ahora—el momento de la decisión:

¿Permanecerás dividido?

¿O volverás?

No parcialmente.

No más tarde.

No con condiciones.

Sino totalmente.

No temas esta entrega.

Porque lo que pierdes es ilusión—  
y lo que recibes es vida.

Los discípulos se levantaron en ese mismo instante.

Sin demora.

Sin negociación.

Sin vacilación.

Porque cuando el corazón encuentra verdaderamente a Cristo,  
no puede permanecer donde estaba.

Que tu inquietud te conduzca a Él.

Que tus preguntas sean purificadas en la verdad.

Que tu corazón arda con su presencia viva.

Y que descubras, incluso ahora:

Caminabas alejándote—  
y Él ya estaba dentro de tu camino.

En Cristo,  
P. Vilaire Philius  
Pastor